

Meditaciones Sobre el arte de curar – Rudolf Steiner

Cuarta Conferencia

Dornach, 24 de Abril de 1924

Queridos amigos:

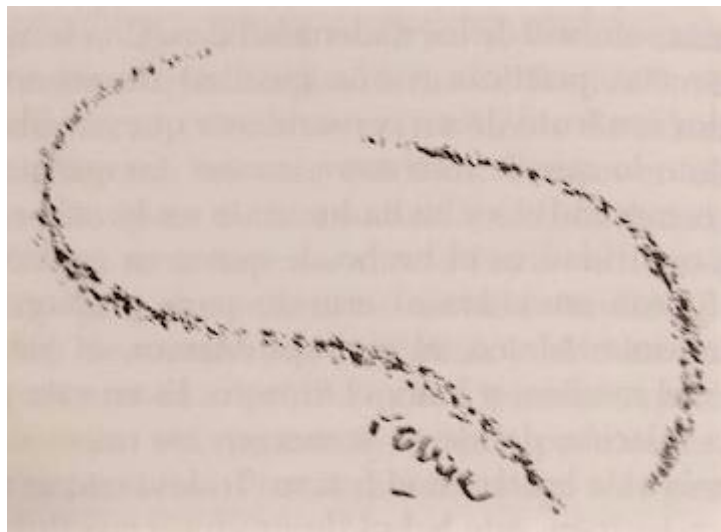
Completaré el tema de ayer abordándolo desde otro lado, lo que permitirá responder a sus preguntas.

El curso general de su destino les ha llevado hacia la medicina, hacia la profesión médica. Esta profesión comporta actualmente una determinada corriente a la que se han asociado no sin un cierto rechazo, enteramente justificado. Este rechazo tiene causas objetivas que se les revelarán cuando comprendan que la corriente médica actual es, bajo muchos aspectos, un cuerpo extraño en nuestra civilización europea, occidental. Esto se comprende mejor si sabemos que nuestra ciencia, al igual que muchos aspectos de la vida espiritual moderna, ha nacido bajo el impulso de notables personalidades que son reencarnaciones de individualidades procedentes de la cultura árabe-mahometana. Estas cuestiones han sido abordadas a menudo, en los últimos tiempos, en el Goetheanum, en referencia a lo que atraviesa actualmente el movimiento antroposófico²⁸. Son muy importantes también para el médico. En diferentes lugares he dicho lo necesario que es dirigir nuestra mirada hacia ese centro de cultura que floreció en una época en la que en Europa, bajo Carlomagno, reinaba aún una vida espiritual muy primitiva. Lejos de ahí, en Oriente, florecía entonces una cultura que dirigía Harun al Rachid²⁹. Había reunido en su corte a un gran número de sabios, de los cuales muchos eran médicos. Tengan en cuenta que en la época de la que hablamos el cristianismo ejercía ya su influencia desde hacía varios siglos. Ahora bien, el cristianismo se ha extendido por el mundo de forma muy paulatina y sólo ha podido ser comprendido poco a poco; mirado superficialmente no interiormente- puede parecer extraño que hasta ahora la humanidad no haya sido penetrada de los aspectos profundos del cristianismo. El cristianismo ha penetrado en el mundo como un hecho objetivo, y las facultades humanas - la receptividad- eran insuficientes para permitir que su contenido se desarrollara en todas direcciones. El cristianismo vive, subconscientemente, en todas partes, pero los hombres lo han alterado completamente desde hace tres o cuatro siglos; éste es el curso objetivo de las cosas. Los hombres, con su saber, su intelecto y su consciencia, han alterado el cristianismo.

28 Rudolf Steiner: Conferencias sobre el Karma, "Relaciones Kármicas del vol. I a VI.

29 Hârûn-al-Rachid, 766-809.

En estos últimos tiempos reina en nuestras universidades una espantosa superficialidad. Tradicionalmente había antiguamente cuatro facultades: las de filosofía, teología, derecho y medicina. Las que se han añadido lo han sido en virtud del más sombrío de los malentendidos. Una facultad de ciencias políticas o una facultad de economía política son fruto de un pensamiento que no sabe en absoluto lo que se trae entre manos. Lo que no ha sido comprendido y se ha hundido en la más completa oscuridad es el hecho de que eran cuatro los que fueron enviados al mundo para propagar el cristianismo: Mateo, el teólogo; Marcos, el jurista; Lucas, el médico, y Juan, el filósofo. Es en esta profunda relación donde se sumergen las raíces de lo que habrá de brotar en el futuro. Todavía no es más que un germen, que habrá de producir sus flores y sus frutos. Los textos de los evangelios no pueden concordar, pues uno ha sido escrito desde el punto de vista del teólogo, otro desde el del jurista, el tercero desde el del médico y el cuarto desde el del filósofo; esto está profundamente arraigado en la vida espiritual. Es preciso comprenderlo de verdad. Por eso el evangelio de Lucas no se ha tomado como una indicación que tuviera que ver con la voluntad de curar - esto no se ha comprendido-, porque en nuestra manera de pensar actual no vive una voluntad de curar crística, sino que está impregnada del arabismo que ha atenazado al cristianismo. ¡Esto suscita todo nuestro interés! Nacido en Asia, el cristianismo se encamina hacia Europa y se extiende allí. Pero en la corte de Harun al Rachid, donde se practicaba una medicina surgida del pasado, revivían los antiguos misterios en su manera de concebir al hombre.



Esto formaba parte aún de las tradiciones. Dos hombres vivían en esta corte: el propio Harun al Rachid, que lo organizaba todo y bajo cuya influencia se desarrolló esa gigantesca academia, y otro que había sido un iniciado en el pasado, pero que no accedió a la iniciación en esa época. Harun al Rachid se reencarnó en la persona de Lord Bacon, Baco de Verulam³⁰, quien, desde Occidente, renovó el pensamiento científico en un giro espiritual impregnado de arabismo. Entre la muerte y el nuevo nacimiento, esa alma hizo este camino (ver figura) 31. Si estudian a Baco de Verulam se sorprenderán al comprobar todo lo que la medicina ha heredado de esa corriente.

30 Baco de Verulam, 1561-1626.

Por otro lado está el antiguo iniciado, que se encarnó en la persona de Amos Comenius³². Hallamos en él un alma que aspira a lo espiritual pero que procede en todo de forma intelectual. Otra personalidad, igualmente impregnada de arabismo, que no vivió exactamente en el mismo período que Harun al Rachid, pero que jugó un papel en la batalla de Jerez de la Frontera, volvió en la persona de Darwin.

Así, todos los que han influido en las ciencias, y especialmente en la medicina, son reencarnaciones de lo que se expresaba en esas tradiciones antiguas de las que el cristianismo estaba excluido, de ese arabismo introducido en Europa que presionó al cristianismo como una tenaza. La medicina ha sido la que más se ha impregnado de él, mientras que el impulso de Lucas para con ella aún no ha sido captado. Esta manera de comprender al hombre a partir del cosmos debe ser enfocada con la mayor seriedad; así se sentirán entonces muy unidos a las tareas que el karma les ofrezca. Si examinan la medicina que se practicaba en la corte de Harun al Rachid encontrarán, por un lado, lo que había de bueno en la concepción hipocrática. Si han leído mi primer curso a los médicos habrán comprobado que presenté a Hipócrates como el último que curaba en base a los antiguos misterios. Traspasada a Asia, la medicina hipocrática se mezcló con una fuerte corriente procedente del nordeste de Asia, con una manera de curar originaria de Mongolia. De esa corriente proceden muchos elementos contra los cuales habían de rebelarse obligatoriamente no solamente la manera de pensar europea, sino incluso la propia organización humana. Pues la organización interna del hombre no concuerda con esa influencia tártaro-mongol que se introdujo en el pensamiento médico. Esto es lo que se desprende cuando podemos encontrar una manera original y cósmica de concebir al hombre.

Recuerden el curso de la evolución tal como yo lo he descrito en "La Ciencia Oculta", a través de Saturno, Sol y Luna. El hombre ha recorrido todas estas etapas. Por otra parte, tal como se ha expuesto estos últimos días, lo primero que encontramos en el hombre, actuando conforme al modelo y a la corriente individual que proviene de las vidas anteriores, es la corriente hereditaria. Lo que actúa en la herencia y que se remonta a épocas pasadas, se deja atrás de forma arimánica, se deshecha. La medicina oficial únicamente se ocupa de la corriente hereditaria; no tiene para nada en cuenta lo que, por otra parte, se elabora en el segundo período, entre el cambio de dentición y la pubertad, en ese período que incluso estadísticamente puede considerarse el más sano, pues en él el hombre está menos sujeto a las enfermedades, la predisposición a las enfermedades está alejada. Nos inclinaríamos a decir que la medicina actual se interesa lo menos posible por la salud y prefiere escarbar en la enfermedad. Esto es muy radical, pero es verdad. Para interesarse por la salud es preciso cultivar esta concepción cósmica que permite encontrar el cosmos en el hombre. A este efecto son necesarios los detalles susceptibles de darnos información sobre la percepción de la evolución cósmica en el hombre.

31 La figura está en blanco y negro, pues así es como aparecía en la edición francesa.

32 Amos Comenius, 1592-1670.

Todavía encontramos en el hombre la evolución del antiguo Saturno, del antiguo Sol y de la antigua Luna, y solamente si asociamos los tres precedentes a la evolución terrestre comprenderemos al hombre terrestre tal como se nos presenta. Actualmente existen muchas ciencias, pero no hay una verdadera ciencia de Saturno ni una verdadera ciencia del Sol o de la Luna, pues somos incapaces de recordar, en medio de la vida general de la naturaleza, que ha habido una sabiduría original instintiva. Tampoco somos capaces de captar lo que aún vivía intensamente en Hipócrates y que para nosotros ya no es más que mera verborrea. Esto debe volver a adquirir vida. De este modo oirán resonar una frase que viene de las profundidades del tiempo pero a la que apenas habrán prestado atención, particularmente a la forma admirable con que puede ser aplicada a la medicina. He aquí la frase:

"Los poderes divinos han ordenado la vida según la medida, el número y el peso".

Es una frase de la Biblia³³. Pero actualmente, ¿quién le presta atención todavía y ve en ella otra cosa que meras palabras, que la imagen de un antiguo arquitecto midiendo, contando y pesando? Para el médico se trata de encontrar realmente la medida, el número y peso en el hombre. Examinemos la naturaleza de Saturno. El hombre es portador de esta naturaleza saturnal, pero no la encontramos en el hombre actual tal como éste se nos muestra, pues en él todas las etapas evolutivas están condensadas en un todo; de igual modo, los grados evolutivos aislados desaparecen en la unidad, en la armonía del todo. La enfermedad, por el contrario, hace sobresalir una u otra de estas manifestaciones en su aspecto particular. Se hace necesario entonces captar las indicaciones que he facilitado en "La Ciencia Oculta", no con la razón pura, sino como yo las he descrito: hay que sentir cómo actuaba, a lo largo de la evolución saturnal, el calor que todo lo penetraba; al estudiar este período hay que recurrir a este elemento calórico, ir hacia él. Saturno actúa en el hombre, y la evolución saturnal actúa en él; sin embargo, cuando todos estos elementos se articulan armoniosamente en él, no se manifiesta. Pero se manifiesta en el enfermo. Lo que de otro modo está armoniosamente unido se separa, y el elemento saturnal actúa entonces por su propia cuenta en la fiebre. No habrá ciencia de la fiebre hasta que no sea cósmica, mientras no podamos tener en cuenta la manera de actuar del antiguo Saturno. Es preciso comprender realmente cómo lo cósmico que hemos observado cómo impregna la Tierra- actúa en la fiebre a través del antiguo Saturno. Estas fuerzas de Saturno que vemos esparcidas por toda la superficie terrestre y concentradas en las fuerzas del plomo, nos permitirán comprender la fiebre en nuestro cuerpo interno y veremos en ellas cómo el orden divino-espiritual dispone según la medida. En la medida de la fiebre se refleja la medida que vive en el orden universal por el hecho de verse en él el calor, medida ésta que se confunde con la otra al armonizarse con ella. Pero ante todo hemos de encontrar la medida en las manifestaciones de la fiebre. También debemos dejar actuar intensamente en nosotros:

33 Libro de la Sabiduría, II-20.

En la medida de la fiebre

Siente el don espiritual de Saturno.

A decir verdad, es el espíritu del hombre el que aparece en la fiebre, ese espíritu que, fuera de ella, permanece sumido en los demás elementos. En la fiebre ejerce su influencia el espíritu humano, que se singulariza. En ella, el elemento más antiguo de la naturaleza humana se manifiesta en la superficie de la existencia.

A la evolución saturnal le sigue la evolución solar. En esta fase, el elemento puramente calórico se condensa, por una parte, en aire, y, por otra, se sutaliza en luz. Luz y aire actúan el uno sobre el otro, correspondiéndose. Con la respiración tomamos en nosotros el ritmo del aire. También absorbemos la luz, y, en sentido oculto, la luz no es sólo lo que actúa en el ojo, sino la expresión general de todo lo que opera a partir del Sol. El ojo no es más que el representante por excelencia de todo lo que actúa procedente del Sol. Lo que está activo en la luz se denominaba en la Edad Media tintura espiritual. Esta evolución solar de la que ahora nos ocupamos se encuentra también en el hombre, y la sentimos directamente cuando tomamos correctamente el pulso. Pero se siente no como un efecto actual, sino como un efecto retardado de la acción del antiguo Sol en nosotros. También diremos, en segundo lugar:

En el número de las pulsaciones

Siente la fuerza anímica del Sol

Que progrese o no en esta dirección no es indiferente. Podemos tomárnoslo en serio o no. Hay una enorme diferencia en leer la temperatura - es un reflejo que se adquiere con la práctica - representándose la imagen que ofrecía la evolución en la época de Saturno. El mundo entero se les muestra entonces como un don del espíritu - pues todo está sometido a la influencia de las corrientes de calor en el que, a través del calor, se vierte el amor hasta en los lugares más ínfimos. Si en esta actitud devocional perciben cómo se vierte el amor en el mundo con ayuda del calor saturnal, si sienten en este sacrificio la creación del mundo desbordando calor y amor, si al tomar la temperatura en ese estado de espíritu sienten todo esto, intuirán lo que tienen que hacer.

Del mismo modo, no debería tomarse el pulso cosa frecuente - de forma mecánica, negligente, indiferente, sino sumiéndose en el elemento rítmico que emana del Sol. Al tomar el pulso se debería poder sentir cómo se integra el hombre en el aire y en la luz, en la claridad irradiante del Universo. Hecho esto, habrá que apelar a la voluntad de curar, lo que no se consigue sintiéndose obligados interiormente, sino volviéndose hacia el mundo con el alma llena de devoción.

Continuando con el examen de los síntomas busquen aquello que, en lugar de tener un carácter humano, manifiesta tendencias propias. ¿En qué consisten, por ejemplo, los estados diabéticos? En el hombre armonioso el azúcar está humanizado y no actúa por cuenta propia, pero en la diabetes el hombre es demasiado débil para impregnar el azúcar de humanidad hasta en sus más mínimas partículas, y la organización del Yo obedece a las fuerzas del azúcar, que son fuerzas extra-humanas. Observen las fuerzas que se manifiestan en la diabetes y que aparecen en los residuos urinarios, o las que forman depósitos en el organismo cuando se tiene jaqueca u otros cuadros. Observen las sustancias que aparecen en el organismo obedeciendo a sus propias leyes y no a las leyes humanas, y llegarán a plantearse dos preguntas:

Primera, ¿cómo es posible que una sustancia pueda manifestar sus propios efectos en el interior del hombre? Si no fuera así, la evolución lunar nunca habría podido ejercer su influencia. Ésta se ejerce precisamente cuando las sustancias presentes en el hombre no obedecen más que a sí mismas. Las fuerzas lunares se adueñan entonces de esas fuerzas sustanciales y crean, como tales fuerzas lunares, la forma humana. Todo lo que es estructura en el hombre está penetrado de fuerzas lunares. Del mismo modo que Saturno es el "calentador" y el Sol el "ritmizador", la Luna es la "modeladora".

Esto es así para el hombre entero. Recuerden ese hecho sobre el que he insistido repetidamente: el cerebro no manifiesta su verdadero peso; retirado del cuerpo pesa más o menos 1500 gramos, y en el cuerpo no pesa más que alrededor de 20. Esto es a causa del Principio de Arquímedes, que postula que un cuerpo pierde un peso igual al del volumen del líquido desplazado. Así, el cerebro que flota en el líquido cefalorraquídeo experimenta un impulso igual al peso del líquido desplazado y sólo ejerce sobre la base una presión aproximada de 20 gramos. Así sucede con todo. La presencia de las fuerzas cósmicas es necesaria, pues ellas anulan en el grado necesario la gravedad de las sustancias de las que el hombre es portador. El peso ha de ser regulado, y la regulación por el cosmos del peso de las sustancias constituye el tercer factor. Así, cuando examinan si un elemento sustancial se manifiesta bajo la influencia de su propio peso o si un peso se integra en el peso del cosmos, están examinando el orden divino del universo en función del peso, lo que conduce a la tercera formulación:

En el peso de la sustancia

Siente el poder formador de la Luna.

Dejémonos penetrar por esta atmósfera. Cuando hablamos de reumatismos, gota, estreñimiento, diabetes, jaqueca y de todos los estados relacionados con cualquier tipo de depósitos en los que las sustancias se manifiestan según su propio peso, podemos expresarlo así: la gravedad terrestre se adueña del hombre. Estas palabras son ricas en significado. Dejen que sus observaciones se impregnen de estos sentimientos. Observen de qué manera tan abstracta y vulgar, maquinalmente, sin reflexionar en ellos, se examinan actualmente estos hechos, y se darán cuenta de lo que falta, a

pesar de todo lo que se ha conservado de la antigua sabiduría y de la antigua virtud y saber a través del arabismo; se percatarán de lo que ha sido destruido. Pues esta trinidad formada por la Luna, el Sol y Saturno, oculta en otra trinidad, la del Padre, el Hijo y el Espíritu, ha desaparecido, ha sido sencillamente separada por el Islamismo. Esto, en nombre del principio enunciado no por Mahoma, sino por el ángel³⁴ que le ha inspirado, el cual, si bien muy sabio, no era precisamente perfecto: "Qué nos importa esta trinidad; no hay más que un Dios, el que Mahoma debe anunciar". Así se esfuma toda diferenciación en el mundo, así se oscurecen nociones que debían ser conocidas, y, en razón de este hecho, nuestra medicina ha adquirido un carácter árabe-islámico. La humanidad europea se había debilitado demasiado como para descubrirlo. Hoy día todo esto debe ser conocido si no queremos ver a la humanidad perecer. Y pueden decir:

En la medida de la fiebre

Siente el don espiritual de Saturno.

En el número de las pulsaciones

Siente la fuerza anímica del Sol

En el peso de la sustancia

Siente el poder formador de la Luna.

Entonces podrás contemplar en tu

voluntad sanadora la necesidad de

curación de los hombres en la Tierra.

Miren, si perciben el mundo desde este ángulo se recoge todo esto en el corazón. Se desarrolla un sentido para esta tendencia que nace en toda vida humana e impulsa a la individualidad venida de una vida anterior a adueñarse de lo que le aporta la herencia en forma de modelo. Ya les he hablado de ese combate que se libra entre lo que se ordena con forme al modelo y el segundo organismo. Ante un hombre en quien sentimos en superficie este trabajo de modelado, sabemos que el elemento activo es esa individualidad procedente de una encarnación anterior. Realmente es así: quien pone su corazón y su alma en estas nociones, es el más apto para sentir o presentir lo que procede de encarnaciones anteriores en un enfermo. ¿En qué se asientan, pues, las manifestaciones mórbidas? En el hombre sano se distingue la organización cefálica, que ya externamente está separada del resto del organismo. La cabeza es un alojamiento óseo que encierra al cerebro. Lo que sigue a la cabeza está también rodeado de huesos y existe por sí mismo. El resto del hombre está unido a ello. En la organización sutil del hombre también hay una separación entre estas dos partes. Esto no puede hacerse evidente fácilmente mediante la anatomía y la fisiología exteriores, pero es muy importante tenerlo en cuenta en la transformación de las sustancias alimenticias que, como tales, no penetran en la organización cefálica, ni siquiera en el sistema nervioso.

34 El arcángel Gabriel.

Hay un límite preciso que no debe ser franqueado. Pero ¿por qué no debe ser franqueado? Miren, lo que actúa más intensamente en la organización cefálica desde el comienzo de la vida humana son las fuerzas que provienen de vidas anteriores, fuerzas que se han conservado entre la muerte y un nuevo nacimiento. La fuerza de individualidad de un niño emana de la cabeza, pero no debe extenderse al resto del organismo sin ser filtrada. De ahí la necesidad de un filtro, de un estrato intermedio que no es exteriormente visible, pero que existe en la organización. Nada desciende sin ser filtrado. No conviene que el pulmón o el hígado, como elementos orgánicos, se sometan a la influencia inmediata de las fuerzas que proceden de las encarnaciones anteriores; no lo soportarían y desencadenaría algo horroroso. En el período entre la muerte y un nuevo nacimiento, esta individualidad humana metamorfosea las fuerzas del pulmón, parcialmente también las del hígado, y las del sistema rítmico en organización cefálica. La organización del metabolismo y del movimiento se le incorpora desde el exterior. No le está permitido a la individualidad humana - ella es eterna- penetrar ahí hasta después de la muerte, cuando su sustancia física ha sido desechada. Si durante la vida la individualidad penetrara indebidamente en estos órganos, se producirían lesiones.

Abordando algunos estados patológicos con cierta devoción se podrá decir: la individualidad que procede de la existencia anterior, carente de una separación correcta, actúa sobre tal órgano, que debería experimentar únicamente la influencia de la existencia actual. Esta individualidad, que debería exteriorizarse solamente en el terreno moral, kármico, que debería atenerse a lo que el hombre hace y experimenta y no debería tocar a la organización de la parte principalmente terrestre del hombre, esta individualidad actúa en parte en su sistema metabólico motor, en parte en su sistema rítmico, y en parte en su sistema nervioso porque el límite se ha vuelto defectuoso. Saber que la individualidad actúa en el pulmón modifica nuestra actitud frente a un ser humano. La presencia de un tuberculoso despertará en mí una compasión muy concreta por el hecho de que nuestra época materialista desvía al hombre de su karma, le impide vivir su destino y le confina moralmente a una existencia corporal desprovista de espiritualidad. En lugar de orientarla hacia el terreno moral, nuestra época inhibe a la individualidad, que acomete entonces contra los órganos, principalmente el pulmón, girando esa parte, normalmente orientada hacia el exterior, hacia el interior del sistema metabólico-motor. La corporalidad sufre inmediatamente la influencia del Yo de la individualidad que procede de encarnaciones anteriores.

En esto no es tanto el aspecto histórico lo que importa como el hecho de sumirse en este estado anímico. Así nacerá esa voluntad de curar que responda a la necesidad de curación del hombre. En nuestra época de cultura materialista, el que cura está muy claramente separado del que busca la curación. El contacto no se establece, pues requeriría de un sentimiento comprensivo para con lo que es eterno en el hombre. Es a partir de este sentimiento como se desarrolla la justa relación entre el terapeuta y el enfermo; se aprenderá entonces a individualizar, pues cada ser humano tiene su propio karma. Es necesario individualizar el proceso terapéutico.

Esto debe ser acogido en el corazón. Al permitir que actúen en nosotros estas nociones, éstas ejercen una acción esotérica, y lo que se halla en el evangelio de Lucas contiene todo lo que necesitamos para progresar en este sentimiento. Con total objetividad fueron creadas cuatro facultades: una facultad de San Lucas, una facultad de San Mateo, una facultad de San Marcos y una facultad de San Juan. Pero actualmente ya no se perciben estas relaciones, pues lo que reina es el arabismo, particularmente en la medicina. Se manifestará una cristianización cuando volvamos a los aspectos cósmicos. Como médicos también han de ser conscientes de su posición cósmica. Lo anterior les muestra hasta qué punto cooperan en la estructura humana las fuerzas directrices lunares. Cuando estas fuerzas actúan demasiado irregularmente hay que estar atentos y saber que se podrá obtener la curación separando esta parcela de irregularidad que causa estragos en la estructura, lo que se consigue cuando la conciencia cósmica juega su papel en el tratamiento. Por lo demás, no hay que perder de vista el conjunto; conviene crearse un punto de vista, ver el asunto desde el exterior. Con el ojo no pueden verlo desde el exterior. Lo que nos permite verlo todo desde el exterior nos permite también adquirir conceptos claros, siempre que no introduzcamos inmediatamente la abstracción en ellos. Nuestro corazón debe asociarse al pensamiento. No debemos ni enredarnos en nuestros conceptos ni excluir el corazón de nuestro pensamiento abstracto. Para ser hombres necesitamos el ser entero; por tanto, es necesario que el corazón también piense. Debemos aspirar a no penetrar en el mundo a través del pensamiento abstracto, como hace, de hecho, el pensamiento actual. Debemos ser conscientes de la necesidad de profundizar con nuestro pensamiento, de asociarle siempre el corazón. Debemos conocer lo que, procedente del corazón, se enlaza con el pensamiento; volver a aprender a manejar el caduceo, y, para ello, pasar de la Luna a Mercurio. Esto es lo que yo tenía presente respecto a la vida cultural en mis conferencias sobre Rafael³⁵, el Mercurio cristiano. Imprégnense de estas ideas y tendrán el sentimiento justo de los impulsos que necesitan para su actividad de jóvenes médicos. Por todo el mundo se ve bullir lo contrario de lo que se debería hacer, y lo que en estos últimos tiempos ha aparecido en el plano médico es horroroso. Quiero hablar de los seguros de enfermedad que conducen a la exclusión del médico. Ya no son los médicos quienes actúan, digamos, en Alemania, sino las abstracciones. En realidad es el médico quien cura, y no la ciencia médica; pero se cree que la ciencia médica flota en alguna parte, en el aire, fuera de los hombres. Ya no se tiene en cuenta al hombre y se golpea frontalmente al karma. Pues el karma no actúa ciegamente al situar a un ser frente a otro. Muy al contrario, la libre elección del médico es un factor kármico. Pero en la institución puramente arimánica de los médicos del seguro, el karma está completamente eliminado y la enfermedad enteramente expuesta a las entidades arimánicas que combaten el karma. Si volvemos a encontrarnos otra vez, les diré cómo esas fuerzas arimánicas se agarran para asesinar el karma, para conseguir su fin. Esto se manifiesta abiertamente en el sistema de seguros y en la supresión de la libre elección del médico. Se ha llegado incluso a hablar de "oficio de médico" en

35 El arcángel Rafael. Rudolf Steiner: "Navidad, Pascua, San Juan y Micael. Cuatro imaginaciones cósmicas". Disponible en español.

el texto de ley relativo a los seguros; esta frase traduce bien la atmósfera de los seguros y el concepto que se tiene de la medicina.

Esta enfermedad de la cultura es la propia de nuestra época; estos síntomas se manifiestan en los terrenos más variados; convendría que el médico contribuyera también a su curación. Pero por el lugar que él mismo ocupa allí donde esta enfermedad causa los máximos estragos, está incapacitado para actuar. La causa de ello es esa horrenda institución que son los seguros de enfermedad. Ciertamente, también tienen su lado bueno, y, como todo lo que en el mundo busca inducir al hombre al error, ha de ser brillante para no disgustar demasiado. El diablo, cuando se manifiesta, se disfraza siempre de ángel. Quien, en una visión, perciba al diablo en forma de diablo, puede estar seguro de que no es él, pues aparece siempre con aspecto angélico. Cuando la enfermedad de la cultura concentra sus ataques en el médico, toda la cultura se vuelve enferma. También conviene que tengan en cuenta que su karma no sólo les instiga a actuar en el terreno médico, sino en el terreno del organismo social enfermo.

Formulen sus preguntas y mañana volveremos a encontrarnos. Podremos completar lo que he expuesto hoy y que era necesario que supieran; ahora les corresponde a ustedes asimilarlo.

En la medida de la fiebre

Siente el don espiritual de Saturno.

En el número de las pulsaciones

Siente la fuerza anímica del Sol

En el peso de la sustancia

Siente el poder formador de la Luna.

Entonces podrás contemplar en tu

voluntad sanadora la necesidad de

curación de los hombres en la Tierra.